

El diseño espacial de los campamentos y su desmantelamiento por las políticas de vivienda

Juan Carlos Skewes V.

Universidad Austral de Chile
jskewes@uach.cl

En 1997, el gobierno chileno lanzó una campaña con el objetivo de *erradicar* los asentamientos irregulares. Se trataba de cerca de medio millón de personas albergadas en 972 campamentos. Sin embargo, el 9 de febrero de 2000, *El Mercurio* de Santiago sugería en su editorial que el número de residentes en estos campamentos, en vez de decrecer, bien pudiera haber aumentado. Más todavía, sospechaba el editorialista que nuevos campamentos se habían sumado a los previamente identificados.

Es una antigua historia con nuevos ingredientes: lo que una vez fue el movimiento de migrantes rurales al mundo urbano, hoy corresponde a los flujos y reflujos de poblaciones que a diario se ven expuestas al desempleo y cuyas vidas se sostienen en el mercado informal de la economía.¹ Su presencia en el medio urbano corresponde a un irónico contrapunto con la formación de los afluentes condominios que invaden la ciudad.

Herederos de la globalización, estos pobladores comparten estrategias con sus contrapartes del primer mundo (Susser 1996), cuyas vidas transcurren en túneles abandonados o escondidas tras los muros de edificios en demolición. Se trata de estrategias espaciales de ocultación, fundadas en la ocupación silenciosa y el diseño del entorno. Y no podría ser de otro modo. El grupo subordinado debe procurarse espacios para sí, aislados del control y la supervisión superior (Scott 1990:118). Al apropiarse de espacios intersticiales en la ciudad prohibida, los residentes dependen de su acción colectiva, compartiendo la preocupación por ocultar estos sitios que escapan a la dominación, sitios donde sus "transcritos ocultos" pueden elaborarse con relativa seguridad (ibíd.:114).² El secreto sirve a quienes se desvían de las normas que les son externamente impuestas (Giddens 1984:127).

Al incorporar la dimensión espacial en el estudio de la marginalidad, pretendo poner de relieve la interacción entre los actores colectivos, individuales e institucionales, y su relación mediada por el entorno. Al hacerlo así, explico la diversidad interna de la marginalidad y las consecuencias que, para los residentes, tienen los distintos modelos del habitar. La forma espacial juega, recordemos, un rol preponderante en la creación del *habitus* (Bourdieu [1972] 1989:72). Es en la relación dialéctica entre el cuerpo y el espacio estructurado de acuerdo a oposiciones mítico-rituales donde se encarnan las estructuras que nos permiten apropiarnos del mundo: las estructuras estructurantes se revelan en los objetos que ellas estructuran. La forma material de la periferia encarna, así, las relaciones que la vinculan al centro. A través de la "fe perceptual", el entorno provee la fundación para las autorrepresentaciones y representaciones del mundo (Di Méo 1990/1991:359).

Los individuos actúan sobre las estructuras, reinterpretándolas y contradiciéndolas. El entorno se troca en medio para orquestrar relaciones sociales y sus significados devienen de las lecturas interesadas que lo van transformando. Como lo sugiere Ian Hodder (1988:68): los significados de un objeto, en este caso el entorno, no se restringen al objeto, sino que alcanzan a su lectura. De aquí que el significado de un objeto nunca sea estático y su lectura nunca acabe. El ambiente construido provee bases para el despliegue de ciertas cosmologías, pero es la práctica individual y colectiva lo que moviliza y legitima esos significados (De Certeau [1980] 1984). Siempre hay espacio para resistencia, rechazo, reinterpretación en el campo estructurado del territorio urbano, lo que fomenta una política activa de la

¹ Para la historia de los pobladores en Santiago, Chile, véase De Ramón (1990).

² El propósito del secreto es la *protección*: de todas las medidas protectoras, la más radical es la de tornarse invisible (Simmel 1950:345).

espacialidad, modelada por las luchas por lugar, espacio y posición dentro del paisaje urbano nodal y regionalizado (Gupta y Ferguson 1997). Desde esta perspectiva, no cabe sino hacerse eco de la propuesta de Michel de Certeau ([1980] 1984:96): en vez de permanecer dentro del campo de los discursos que aseguran su propio privilegio, uno puede intentar otras avenidas, analizando las prácticas particulares que el sistema urbanístico procura administrar o suprimir.

METODOLOGÍA

Para los fines de esta investigación, se contrastó el diseño de dos unidades residenciales características de la periferia: el campamento o asentamiento irregular, y el proyecto habitacional de viviendas sociales con subsidio estatal.³ Con este objeto se llevó a cabo un trabajo de campo durante el año 1994, el cual incluyó la residencia del investigador en un campamento de la zona poniente de Santiago de Chile (descrito en adelante con el nombre figurado de Zañartu). Simultáneamente, y aprovechando los vínculos familiares y sociales de los residentes, se tuvo acceso al proyecto habitacional donde algunos de los antiguos pobladores fueron erradicados en 1990 (en adelante, la villa).

Con el objeto de profundizar en la dimensión espacial del estudio se procedió a realizar un mapa del campamento, el que sirvió para referir las interacciones sociales involucradas en el diseño. Estas observaciones se reforzaron con dramatizaciones, mapas cognitivos y dibujos hechos por adultos y niños. El material obtenido en el campamento fue contrastado con la experiencia de los antiguos pobladores erradicados. En este caso se recurrió a los planos oficiales de la villa, a los dibujos infantiles y de adultos, y al testimonio de los residentes. Visitas posteriores realizadas en los años 1997, 1999 y 2000 han permitido hacer un seguimiento a través del cual se han corroborado estas observaciones.

EL DISEÑO POPULAR

El aspecto sobresaliente de un campamento es su entrada casi invisible. Sin embargo, en el caso de Zañartu, una intensa actividad social en las afueras de los muros de lo que fuera un caserón denuncia la insospechada existencia de una población cuyas “mediaguas” se apiñan en el patio trasero. Algunos vecinos del sector se quejan de lo peligroso del área y de los muchos asaltos que allí ocurren. Jóvenes reunidos a la entrada del campamento muestran signos de intemperancia, producto del consumo excesivo de alcohol o de drogas, especialmente de pasta base. La entrada no es auspiciosa.

Zañartu es un asentamiento de cuatro mil doscientos metros cuadrados, cercado por tapias y rejas de madera, franqueadas por invisibles boquetes. Su población, de aproximadamente ciento sesenta y cinco residentes, se distribuye en cuarenta y tres mediaguas. Éstas se agrupan en catorce sitios, donde no es fácil distinguir entre lo privado, lo comunal y lo público. Son dominios que se yuxtaponen, infiltrándose recíprocamente.

La población es inestable. Constantemente entran y salen familias. Y los sitios suelen cambiar de manos. El proceso de *regularización* se inició con la creación de un Comité de Vivienda y con la normalización de los servicios básicos. La luz se recibió en octubre de 1994; hasta entonces, un desordenado grupo de conexiones ilegales abastecía a la comunidad de energía eléctrica. De igual modo, el agua potable era obtenida por medios informales, hasta que la empresa sanitaria accedió a instalar una matriz; de allí, mediante todo tipo de ingenios, se abastecen los residentes. A fines de 1994 adquirieron el sitio ilegalmente ocupado y comenzaron a gestionar ante las autoridades los recursos para construir, lo que sólo seis años más tarde comenzó a dar sus frutos. Hacia el año 2000, carecían de un sistema de alcantarillado, por lo que debían compartir las letrinas dentro de los sitios. A teléfonos y servicios comerciales se tiene acceso en el área circundante (Fig. 1).

³ Sobre las políticas de vivienda en Chile, véase Fadda y Ducci (1993). Las actuales políticas de vivienda comenzaron con los procesos de erradicación y radicación bajo el gobierno militar (Rojas 1984).

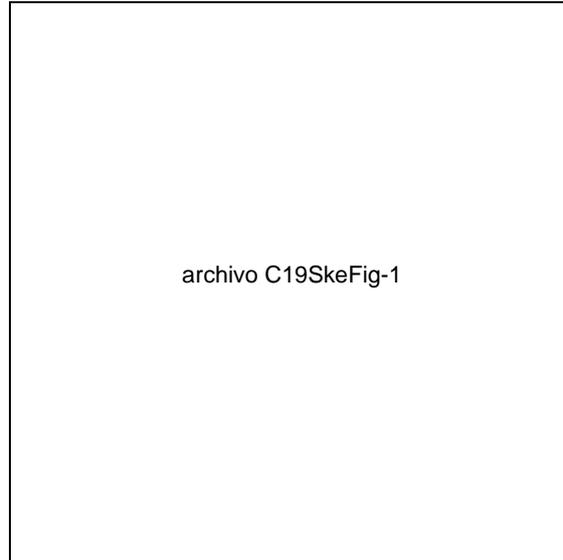


Figura 1: El campamento

Zañartu tiene dos entradas. Una conecta a la avenida principal, mientras la otra lo hace a la población vecina. Estas entradas no dan pistas acerca del espacio interno. El campamento está literalmente oculto en su vecindario y no hay forma de ver el interior desde el exterior, tal como lo sugiere el dibujo de un joven visitante (Fig. 2).

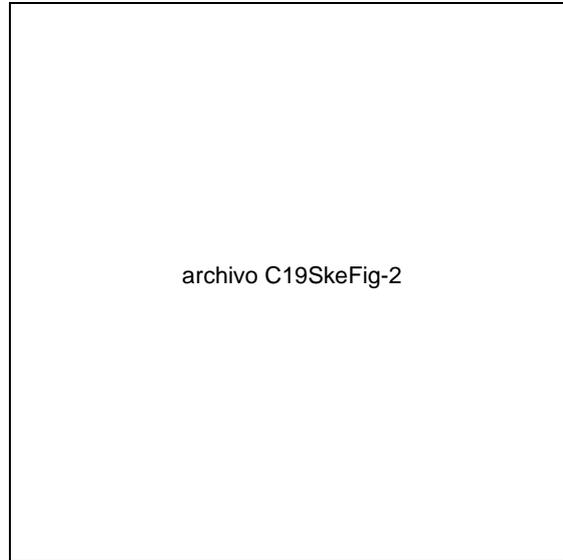


Figura 2: La perspectiva del visitante

El acceso es restringido. Internamente, el campamento está interconectado por pasajes. Uno, usado por los residentes y pobladores vecinos, corre paralelo al curso de aguas servidas que marca el límite norte del campamento. El otro es para los “conocidos” y, aunque este pasaje termina a medio camino, tiene un atajo privado que lo conecta al otro. Los residentes conocen cortadas, pasadizos y otros recovecos

ocultos, que convierten el campamento en verdadero laberinto. Estos atajos facilitan la interacción entre vecinos y, para quienes lo necesiten, una rápida salida. Los perros alejan a los intrusos.

Los residentes usan los espacios ocultos para albergar romances secretos, consumo de drogas, encuentros privados, dirimir contiendas y otros asuntos. El pasaje principal, en cambio, les sirve de lugar de encuentro para reuniones colectivas y juegos (Fig. 3).

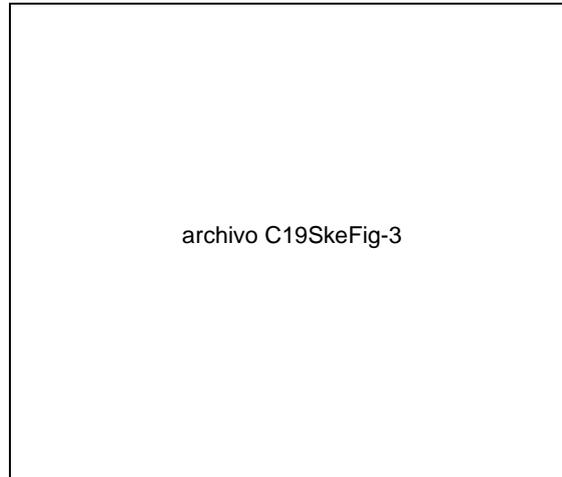


Figura 3: El patio central

Dado que muchas de las viviendas y todos los patios están conectados al lugar central, éste constituye un punto focal para el campamento. Su emplazamiento permite ejercer el control social. Los dirigentes son testigos de todo evento ocurrido dentro del campamento. Saben quiénes van al trabajo y quiénes no, quiénes están enfermos, quiénes aún permanecen acostados, y quiénes llegaron y no llegaron durante la última noche. Control, protección, circulación de información, diferenciación social y provisión recíproca de servicios se integran en este espacio colectivo.

La unidad básica en este sistema es el *sitio*. Se trata del lugar que concentra a diversos vecinos. Los sitios están liderados por una familia que agrupa a otras menos influyentes y a individuos que allí se procuran cobijo temporal o estable, y cuya presencia asegura la permanencia en el sitio ilegalmente ocupado: las autoridades locales ven limitada su acción por el número de personas a las que pueden afectar con medidas de desalojo. Los catorce sitios que constituyen Zañartu reúnen, en promedio, tres unidades residenciales. Los sitios están físicamente separados, aun cuando toleran un cierto grado de permeabilidad entre ellos. Hacia su interior no hay claras demarcaciones y sus miembros pueden circular libremente en las mediaguas: sus apariciones en las viviendas vecinas son frecuentes y esperadas. Algunas señales, tales como pequeñas rejas, identifican los límites familiares dentro del lote. En el sitio ocurre la interacción cotidiana: el lavado, la cocina, la carpintería, la costura.

Desde el interior de su sitio, la dirigente controla las actividades de la comunidad. Mientras realiza tareas cotidianas, se preocupa del cumplimiento de los deberes de los residentes, que van desde el retiro de la basura hasta la ayuda mutua. La resolución de los conflictos reposa en sus manos. Su posición estratégica se afianza con el diseño que le otorga precedencia espacial, definiendo su dominio visual sobre el campamento (Fig. 4).

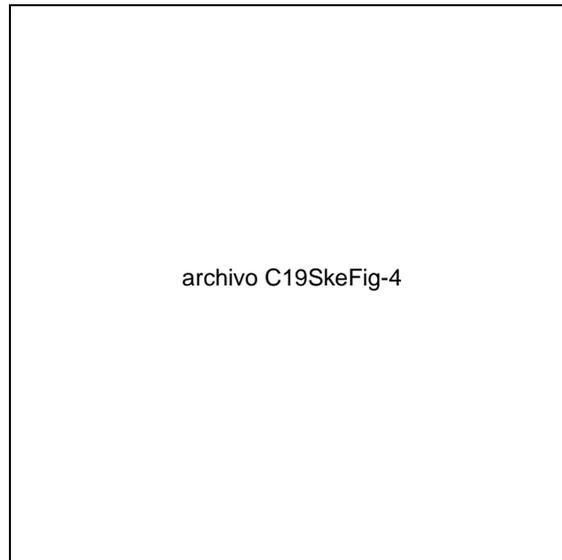


Figura 4: El campo visual de la dirigente

El diseño del campamento es clave para regular las relaciones entre residentes, y con personas ajenas a él. La estructura material define fronteras que, junto con separar espacios de mayor o menor intimidad, distinguen a aquellos que tienen acceso de quienes no lo tienen. Así, los bordes externos del campamento crean un espacio que permite la negociación entre residentes y no residentes. Dentro del campamento, los residentes se tornan visibles, conocidos y responsables frente a los demás. Simultáneamente, las mismas separaciones se establecen entre los sitios y, hacia su interior, entre las viviendas que los ocupan. Esta estructura recuerda la de un secreter, donde cada cajón esconde otro cajón que a su vez esconde otro cajón.

El diseño protege a los residentes: el segregarse de la ciudad les permite mantener su anonimato. Se genera un sistema de regulación interna que garantiza ciertas prerrogativas. El libre acceso a herramientas de trabajo es una de ellas. Otra es la seguridad personal: los vecinos no cuentan de asaltos o robos graves ocurridos al interior del campamento, aunque pendencias con lesiones e incluso muerte puedan ocurrir. No necesitando invertir en sus viviendas, los residentes pueden comprar u obtener bienes cuya existencia uno no esperaría constatar en un campamento, como equipos de video, bicicletas, lavadoras, centrifugas, refrigeradores; incluso hay dos autos en Zañartu.

Al tornar visibles entre sí a los residentes, el diseño asegura el orden interno. El trazado organiza sus percepciones y canaliza su comportamiento de acuerdo a reglas propias. Facilita el control social ejercido a través de los dominios acústico, visual y olfativo, contribuyendo a la formación de un ambiente poroso que fuerza la fusión de las vidas individuales. La combinación de estos dominios mantiene engranadas las acciones de los residentes en una maquinaria autoprottegida. Quien ingresa al campamento es visto antes de que pueda ver y su presencia desencadena, si es necesario, un conjunto de señales que movilizan a los residentes. La disposición del trazado lo empuja hacia el campo visual del residente.

La combinación de imagen y sonido regula la vida interna: lo que es revelado al oído es oculto a la vista, efecto que se logra interponiendo cartones y maderas para separar lo interior de lo exterior o, dentro de las viviendas, cortinas. El control sobre los dominios visuales garantiza "el derecho a ser uno mismo". En cuanto al ambiente acústico, éste asegura a través de la permeabilidad. Los ruidos son señales a veces amistosas, a veces amenazantes. "Siento que el campamento está como vivo", dice María Teresa. El ruido cotidiano expresa la orquestación de las vidas individuales. Ningún residente puede sustraerse a la ruidosa intrusión de la vida comunitaria. Y no siempre los ruidos son amistosos: "Las peleas me ponen nerviosa", reconoce María Teresa. Todo hecho cotidiano completa su sentido al considerarse esta

dimensión acústica. El hermetismo visual se envuelve en una atmósfera sonora que le sirve de complemento.

Las imágenes acústica y visual desempeñan distintos papeles: la invisibilidad protege a la población de la mirada externa; el sonido, en cambio, es su medio básico de comunicación. Los sonidos son los instrumentos para la formación de esta sociedad secreta. Los residentes se comunican unos con otros a través de silbidos, golpes, gritos y aplausos. Descifrar sonidos es cuestión de supervivencia. La ignorancia del visitante acerca de sus propios sonidos reafirma el sentido de seguridad que asiste al residente. El diseño asegura, pues, protección contra intrusiones externas, garantizando privacidad y protección a residentes que se conocen unos con otros, pero que son desconocidos para la comunidad mayor.

LA PROPUESTA DEL ESTADO

¿Qué ocurre con los residentes de un campamento cuando son *erradicados* e instalados en grandes proyectos habitacionales? Esta pregunta inspira la segunda parte de nuestro estudio, esto es, las consecuencias que devienen para la comunidad de la imposición de un diseño residencial. En este escenario, cada familia se convierte en propietaria, a pesar de su endeudamiento por el pago de la parte no subsidiada de su vivienda.

En el campamento, la *primera regularización* se inició en 1989.⁴ Comenzó con la señora Carmen recolectando firmas y organizando a los vecinos en un Comité de Vivienda. Entonces el optimismo estaba a la orden del día: en tiempos de transición, candidatos de todos los tipos aparecían en el campamento. El primer gobierno democrático se aprestaba a enfrentar el problema de “los sin casa”; se decía que se requería un millón de viviendas para satisfacer la demanda de sectores por años postergados. En 1990, las nuevas autoridades temían que posibles tomas de terreno alteraran el clima político. En vez de esperar la explosión de las demandas, las autoridades tomaron la iniciativa reuniéndose con los pobladores, ofreciéndoles soluciones rápidas que consultaban algún grado de participación. Resolver el problema habitacional tenía su precio: reducir al mínimo los costos de la construcción. Las autoridades consiguieron su fin y, por lo menos en cuanto a lo que se temía de los pobladores, la transición fue pacífica. Cabe preguntarse, empero, si la paz política no se obtuvo a costa de la violencia civil. Y si así hubiese sido, ¿no se lucró acaso con la seguridad de las personas a fin de abaratar los costos de la vivienda? Nuestra comparación es sugerente en este sentido.

Las empresas constructoras que acudieron a las licitaciones públicas lo hicieron sobre la base de una arquitectura extraordinariamente rudimentaria. Casas pareadas de dos pisos de no más de treinta y seis metros cuadrados, aglomeradas en interminables manzanas, carentes de áreas verdes, servicios médicos y educacionales. Tan pequeñas son, que sus residentes se sonríen diciendo: “Me doy una vuelta y ya estoy al otro lado”. Los planos de las viviendas, su ubicación, distribución y diseño de manzana se muestran en la Fig. 5.

⁴ Esta *regularización* culminó en 1990 con el traslado de treinta familias del campamento Zañartu a la villa.



Figura 5: El plano de la villa

Procurando mejor rentabilidad, las empresas no trepidaron en incorporar el asbesto y el plástico en la construcción, dejando de lado toda sofisticación arquitectural o preocupación por la salud pública. Cada unidad es réplica exacta de la contigua, pero los vecinos no tardan en expresar sus identidades y acomodar el espacio a sus hábitos residenciales. Pintan sus muros, construyen cercos y rejas de protección, y —cuando ello es posible— transforman el espacio interior, añadiendo nuevos dormitorios o ampliando los existentes.

A pesar de la disparidad de opiniones respecto de estos proyectos habitacionales, algunos efectos de su diseño espacial son claros. El espacio está estandarizado en tamaño, uso y distribución. Su función exclusiva es servir a su finalidad residencial. Mediante procedimientos burocráticos, y sin referencia a su sociabilidad, las unidades son asignadas a las familias. Esta política permite el desmantelamiento de la formación social previa: en materia de acceso, uso o distribución del espacio, las familias dejan de ser autosuficientes. El nuevo diseño borra la rica textura anterior. Los dominios visual y acústico y los patrones de circulación son homogéneos. Un patrón rígido de líneas rectas reemplaza el ambiente poroso, fragmentando el mundo social previo. La rígida división introducida por el diseño de la villa enclaustra a los residentes individuales dentro de sus viviendas, encapsulamiento que puede ser traicionero: en su reducido espacio, el crecimiento familiar amenaza con traducirse en más conflictos y violencia. La posibilidad de albergar nuevos miembros desaparece y nada garantiza la continuidad de proyectos habitacionales surgidos en años de prosperidad económica.

La ausencia de conocimiento recíproco agudiza el aislamiento entre vecinos: el proyecto habitacional alberga a cientos de personas en lugares que son más extensos de lo que fueron sus anteriores vecindarios. En el campamento, en cambio, no hay residente que sea desconocido a sus vecinos. En la villa, los vecinos provienen de distintos barrios, diversidad que sienta las bases para rivalidades intensas. En este contexto, la casa se vuelve refugio ante un exterior incierto.

Frente a las restricciones, los residentes expanden el espacio interior de sus casas construyendo piezas adicionales en el patio trasero, y desplazan el baño hacia el fondo: se trata de escapar de los malos olores derivados del ahorro llevado a su extremo. Instalan protectores en sus ventanas, sistemas de seguridad que nunca se vieron en el campamento. Se ha perdido el sentido de protección comunitaria y la seguridad se ha convertido en una mercancía. El nuevo entorno deja fuera de lugar las antiguas redes de apoyo.

En la villa, los residentes invierten la mayor parte de su dinero en la casa, sea para pagar los dividendos, los servicios básicos o las modificaciones que se le introducen. Mientras en el campamento el anonimato era la regla, aquí el despliegue de estatus aparece como la norma. Cuando es la propiedad privada lo que toma precedencia, los vecinos tienden a exacerbar sus diferencias, materializándolas en la presentación de sus casas y en la demarcación de sus límites. El parentesco y otras lealtades previas pierden su importancia, siendo reemplazados por relaciones vecinales fundadas en la propiedad.

Con la expansión de los espacios interiores, los padres prefieren mantener a sus hijos dentro del hogar. El mundo exterior se ha vuelto peligroso y el diseño espacial no les permite controlarlos visualmente cuando salen a la calle. Los juegos *nintendo* y los equipos de música y televisión ayudan. Bajo estas condiciones comienzan a germinar el individualismo y la desconfianza recíproca. No quedan en las calles grupos que no sean las pandillas que han hecho suyo el espacio público. La vida comunitaria se ha desintegrado, mientras que la privatización de la vida social toma cuerpo, privatización que cobra fuerza toda vez que los residentes se “acuartelan” en sus viviendas. Cada cual se preocupa de lo suyo. En este contexto, el fracaso económico y la supervivencia son cuestiones individuales. Los vecinos más pobres comienzan a ocultar su miseria a la vista de los más prósperos. La segregación desemboca, al final, en la migración de los residentes que buscan acomodo espacial a sus diferencias.

BALANCE DE UN DIÁLOGO

El diseño espacial de los asentamientos populares es expresión de los modelos residenciales dispares que intervienen en la periferia. El resultado de la interacción entre ellos se traduce en formas híbridas que van desde el campamento a la vivienda social, modificada por la intervención de sus habitantes. Dado que la forma material, como nuestra lectura teórica lo sugiere, encarna y sirve de sostén a conductas y prácticas asociativas, ha sido preciso indagar en ella para contrastar las consecuencias de dichos modelos en la vida cotidiana popular.

Los diversos diseños en el medio popular favorecen el desarrollo de distintas estrategias espaciales en las que se apoya la vida de los desposeídos de la ciudad. En el campamento, tales prácticas aseguran para el residente mayores grados de autonomía y de vida colectiva, mientras que en la villa los hacen más individualistas y dependientes de agencias externas. Los dibujos infantiles ilustran el contraste entre el diseño laberíntico y el rectangular (véase Figs. 6 y 7) que caracterizan a ambos modelos. La primera de estas figuras usa una representación naturalista del campamento, mientras que la segunda opta por una visión aérea de la villa: en ésta, las principales referencias son el nombre de las calles y su numeración, tal cual lo establecen las normas urbanas. En el campamento, en cambio, lo eran las casas, los cercos, los árboles, la acequia y el medidor de la luz. El espacio público en la villa está vacío, mientras que en el campamento está poblado: caracteres como el observador adulto (que es el autor del estudio), alguien al interior de una de las viviendas, un perro, una gallina, además del juego de los niños y niñas, sugieren un activo ambiente comunitario.

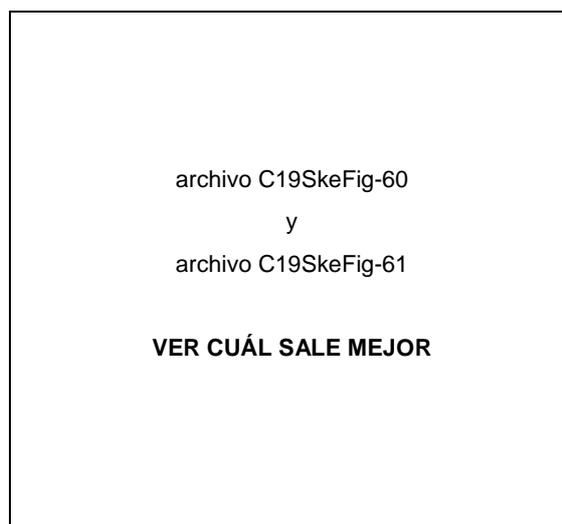


Figura 6: El campamento visto por una niña

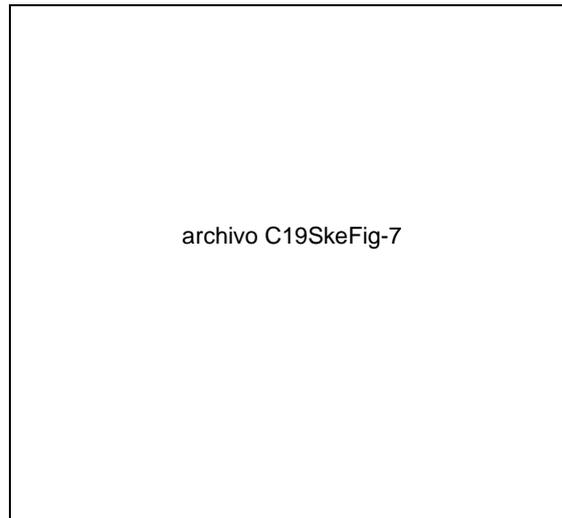


Figura 7: La villa vista por un niño

El movimiento del campamento a la villa se corresponde con un movimiento que va de la persona al objeto – la casa. Simultáneamente, este movimiento implica la transición de un dominio femenino a un mundo masculino, y de un control local a un control externo. En efecto, la vida del campamento se teje entre mujeres. Los hombres, en este escenario, son más bien transeúntes. Muy distinto es el rol que asumen cuando la propiedad llega a sus manos, en cuyo caso se incrementa su participación en los organismos vecinales, los que dejan de ser expresión de la vida colectiva para pasar a ser instrumentos establecidos por el Estado (el caso de las Juntas de Vecinos).

La *regularización* del campamento ha traído consigo similares efectos. Cuando, en 1994, se hacían gestiones por adquirir el predio ocupado, hubo mujeres que decían asistir a las reuniones *en representación* de sus maridos, a quienes consideraban los legítimos propietarios del sitio. De igual modo, la adquisición del lote trajo consigo inesperados movimientos de pobladores. Vecinos “de afuera” llegaban a reemplazar a los que no tenían capacidad de pago. En 1999, la *regularización* se logró casi a la fuerza, merced a la acción de un vecino que presionó a los pobladores para que separaran sus casas en lotes individuales. El campamento comenzó a experimentar una seguidilla de cambios, que significaron visibilizar su interior y signar las casas con la numeración correspondiente a la calle que se abrió a su largo. Los vecinos comenzaron a usar clasificaciones sociales que nunca antes habían manejado: las de allegado y de arrendatario, que designan residentes de inferior estatus o en tránsito. Ya en el 2000 aparecieron los segundos pisos, y los candados y rejas de protección que nunca hubo se apoderaron de puertas y ventanas. Al cabo de veinte años de ocupación ilegal, se había conseguido la *regularización*.

CONCLUSIÓN

El diseño de un campamento encarna el hábito residencial del conglomerado social al que se orientan las políticas públicas. Semejante diseño garantiza ciertas protecciones que viabilizan la supervivencia de este sector. Paradójicamente, las propuestas públicas ofrecen un modelo que desmantela los mecanismos autoprotectores, intensificando algunos de los problemas que pretende superar. La criminalización de la pobreza responde a tales procesos. No se trata de —ni es la intención— glorificar los campamentos, tampoco desmentir los incuestionables logros en materia de sanidad ambiental derivados de las políticas de vivienda. Sin embargo, algo en el diálogo de estos dos modelos del habitar no funciona.

Nuestro estudio sugiere algunas avenidas de solución. En lo principal, el aprovechamiento de los espacios urbanos intersticiales, junto con la flexibilización de las normativas de construcción y su adecuación a los entornos en los que se interviene. La mano del arquitecto debe seguir de cerca el

diseño preexistente y la construcción debiera facilitar la intervención de los residentes. Asimismo, de nuestro estudio se desprende la necesidad de respetar los agrupamientos naturales y sus prácticas asociativas por sobre la imposición de modelos organizacionales ajenos a la comunidad.

No se trata de —y el Estado no podría— acatar un diseño que eventualmente encubre conductas contrarias al orden público. Lo que se pretende, más bien, es reconocer que cualquier proyecto residencial acarrea consigo una visión de mundo que no siempre se condice con sus destinatarios y que, como consecuencia de su aplicación, se derivan efectos indeseados.

Persisten interrogantes de largo aliento que el contraste de estos modelos pone de relieve. La solución de los problemas habitacionales pasaba por reducir al mínimo los costos de la construcción. La tarea, como hemos dicho, era evitar explosiones sociales que desestabilizaran la democracia. En este sentido, las autoridades fueron exitosas en su gestión. Cabe preguntarse, como ya lo hemos hecho, si acaso la paz política no se obtuvo a costa de la violencia civil. Esto significaría que los y las pobres de la ciudad, con su inseguridad, estarían pagando los costos de la política de subsidio a la vivienda social. Nuestra comparación es sugerente en este sentido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bourdieu, Pierre. [1972] 1989. *Outline of a theory of practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- De Certeau, Michel. [1980] 1984. *The practice of everyday life*. Translated from the French by Steven F. Rendall. Berkeley: University of California Press.
- De Ramón, Armando. 1990. "La población informal. Poblamiento de la periferia de Santiago de Chile, 1920-1970". *Eure* 50:5-17.
- Di Méo, Guy. 1990/1991. "De L'Espace Subjectif à L'Espace Objectif: L'Itinéraire de Labyrinthe". *L'Espace Géographique* 4:359-73.
- Fadda, Giulietta; María Elena Ducci. 1993. "Políticas de desarrollo urbano y vivienda en Chile". En Luis Bravo Heitmann y Carlos Martínez Corbella, eds. *Chile: 50 años de vivienda social. 1943-1993*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Giddens, Anthony. 1984. *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge: Polity Press.
- Gupta, Akhil; James Ferguson. 1997. "Culture, Power and Place: Ethnography at the End of an Era". In Akhil Gupta and James Ferguson, eds. *Culture, power and place: explorations in critical anthropology*. Durham and London: Duke University Press, pp. 1-29.
- Hodder, Ian. 1992. *Theory and Practice in Archaeology*. London and New York: Routledge.
- Rojas, Sergio. 1984. ms. "Políticas de erradicación y radicación de campamentos. 1982-1984. Discursos, logros y problemas". Santiago: Flacso.
- Scott, James C. 1990. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.
- Simmel, Georg. 1950. *The Sociology of Georg Simmel*. Trans., and with an Introduction by Kurt H. Wolff. Chicago: Free Press.
- Susser, Ida. 1996. "The Construction of Poverty and Homelessness in US Cities". *Annual Review in Anthropology* 25:411-435.